

PIEDRA.—Por cierto que sí; porque me juraste que eres honrada; y si fueras poeta, me quedaría alguna esperanza de que me engañabas.

TOMASA.—¿Qué! ¿No me querríais honrada?

PIEDRA.—Es claro que no; á menos que fueses muy fea; porque añadir la honradez á la belleza, es como endulzar el azúcar añadiéndole miel.

JAQUES (*aparte*).—¡Un idiota consumado!

TOMASA.—Bien. No soy hermosa, y por lo mismo ruego á los dioses que me conserven honrada.

PIEDRA.—En verdad, prodigar la honradez en una fregona pestífera, sería poner un manjar sabroso en un plato sucio.

TOMASA.—Aunque fea, no soy, á Dios gracias, una mujer de esa clase.

PIEDRA.—Bueno: demos gracias á Dios por tu fealdad. Lo demás vendrá con el tiempo. Pero sea de ello lo que fuere, me casaré contigo; y con tal fin me he visto con D. Oliverio Dañatextos, cura de la aldea vecina.—Me ha prometido venir á este sitio del bosque y unirnos.

JAQUES (*aparte*).—Ya querría yo ver esta entrevista.

TOMASA.—Bien, y que los dioses nos den regocijo.

PIEDRA.—Amén. Un hombre de corazón apocado vacilaría antes de acometer la empresa; porque aquí no tenemos más templo que el bosque, ni más congregación que los animales de cuernos. Pero ¿y qué? ¡Valor! Por odiosos que sean, los cuernos son necesarios. Suele decirse que muchos ricos no saben todo lo que tienen.—Exacto.—Y muchos hombres tienen buenos cuernos y nunca sabrán cuántos, ni cuáles serán los últimos. Bien: es la dote que le da la mujer; no es cosa que él mismo ha traído al matrimonio. ¿Cuernos? Ni más ni menos. ¿Y sólo para los pobres? No: no. El más noble ciervo los tiene tan desmesurados como el plebeyo. ¿Es acaso feliz por eso el soltero? No; pues así como

vale más una ciudad amurallada que una aldea, así la frente del marido es más honorable que la frente desnuda del soltero; y así como es más valiosa la defensa que la impericia, así es también más precioso en igual grado tener un buen cuerno que necesitarlo.

(Entra Oliverio Dañatextos.)

Aquí viene el señor Oliverio Dañatextos. Mucho me alegro de veros, señor. ¿Queréis despacharnos aquí, á la sombra de este árbol, ó deberemos ir con vos á vuestra capilla?

OLIVERIO.—¿No hay alguien aquí para servir de padrino á la novia y entregarla?

PIEDRA.—No la tomara yo como dádiva de hombre alguno.

OLIVERIO.—Pero si no es dada la novia, el matrimonio no es legítimo.

JAQUES (*presentándose*).—Continuad: yo la daré.

PIEDRA.—Buenas tardes, señor de.... ¿Cómo os llamáis? ¿Qué tal os va? Me alegro mucho de encontraros. Dios os premie por vuestra última visita. Tengo sumo placer en veros. ¿Tenéis aún esa friolera en la mano? Vamos, cubríos, os ruego.

JAQUES.—¿Os queréis casar, bufón?

PIEDRA.—Como tienen el buey su yugo, el caballo su brida y el halcón sus cascabeles, así tiene el hombre sus deseos; y como se arrullan las palomitas, así quiere el matrimonio andar picoteando.

JAQUES.—¿Y es posible que un hombre de vuestra condición se case á escondidas como un pordiosero? Id al templo y tomad un buen sacerdote que os pueda decir lo que es el matrimonio: este mozo no hará más que juntaros como dos piezas de ensambladura; y luego uno de vosotros empezará á encojarse, como madera verde, y al fin todo quedará torcido.

PIEDRA (*aparte*).—Pues me inclino más á que me case éste que otro; porque no tiene trazas de

casarme en regla; y no siendo en regla el casamiento, ya tendré más tarde una buena excusa para dejar plantada á mi mujer.

JAQUES.—Ven conmigo, y dejad que os aconseje.

PIEDRA.—Ven, dulce Tomasa. Hemos de casarnos, ó viviremos á salto de mata.

No: ¡Oh digno Oliverio!
 ¡Oh bravo Oliverio!
 No me dejes atrás.
Pero; Velas y buen viento
 Márchate al momento.
 No me cases jamás.

(Salen Jaques, Piedra y Tomasa.)

OLIVERIO.—No importa.—Nunca me desviará de mi vocación ninguno de estos antojadizos bellacos.
(Sale).

ESCENA IV

La misma. Delante de una casa de campo

Entran ROSALINDA y CELIA

ROSALINDA.—No me digas palabra; romperé en llanto.

CELIA.—Hazlo, te ruego; pero ten la bondad de considerar que no sientan bien las lágrimas á un hombre.

ROSALINDA.—¿Pero no tengo motivo para llorar?

CELIA.—Tanto como se puede desear.—Así, pues, llora.

ROSALINDA.—Hasta su cabello es del color de la falsedad.

CELIA.—Un poco más obscuro que el de Judas; y á fe que sus besos son nietos legítimos de los de éste.

ROSALINDA.—Por cierto, tiene el cabello de bonito color.

CELIA.—Excelente.—No hay color como tu castaño.

ROSALINDA.—Y tiene un modo de besar tan casto, como el contacto del pan bendito.

CELIA.—Ha comprado un par de labios fundidos en el molde de los de Diana.—Una monja de la hermandad del invierno po pondría en sus besos compunción más edificante.—Hay en ellos una castidad de hielo.

ROSALINDA.—Pero ¿por qué juró venir esta mañana y no viene?

CELIA.—Lo cierto es que no hay verdad en él.

ROSALINDA.—¿Te parece?

CELIA.—Sí: no le tengo por un ratero ni por un ladrón de caballos: pero en cuanto á su sinceridad en amor, la juzgo tan hueca como un cubilete ó como una nuez carcomida.

ROSALINDA.—¿Falso en amor?

CELIA.—Sincero, cuando está enamorado; pero creo que no lo está.

ROSALINDA.—Le habéis oído jurar que sí lo está.

CELIA.—«Estaba», es una cosa, y «está» es otra. Fuera de esto, los juramentos en los enamorados no tienen más fuerza que las palabras de los taberneros: sólo sirven para confirmar cuentas mentirosas. El se halla aquí en el bosque al servicio del duque vuestro padre.

ROSALINDA.—Ayer encontré al duque y tuve larga conversación con él. Preguntóme de qué familia desciendo, y le dije que de una tan buena como él; lo cual hizo que se riera y me dejara ir. Pero ¿á qué hablamos de padres, habiendo un hombre como Orlando?

CELIA.—¡Oh, es un gallardo sujeto! Escribe gallardos versos, dice gallardas palabras, hace gallardos juramentos y gallardamente los quebranta, como de través, en el corazón de su amante; como el ajustador novicio que espolea su caballo por un solo lado, y rompe su lanza como un gallardo majadero.

Pero donde impera la juventud y guía el paso la locura, todo es gallardo! ¿Quién viene ahí?

(*Entra Corino*).

CORINO.—Señor, y amo mío, habéis indagado más de una vez acerca de aquel pastor que se quejaba de amores, á quien visteis sentado junto á mí en el césped alabando á la altiva y desdñosa zagala que fué su amante.

CELIA.—Y bien: ¿qué es de él?

CORINO.—Si deseáis ver representar un verdadero espectáculo, entre el pálido aspecto del verdadero amor, y el encendido color del altivo desdñ y del desprecio, caminad un breve espacio y os conduciré.

CELIA.—¡Ea! vamos. La vista de unos enamorados alimenta á los otros. Déjanos contemplar esa vista, y podrás decir que también he desempeñado un activo papel en su comedia.

(*Salen*).

ESCENA V

Otra parte del bosque

Entran SILVIO y FEBE

SILVIO.—No me desprecies, dulce Febe, no. Di que no me amas, pero no lo digas con enoño. El verdugo, cuyo corazón está endurecido por el hábito de ver la muerte, no deja caer el hacha sobre la cerviz inclinada sin pedir perdón primero. ¿Quieres ser más dura que aquel que por oficio pasa toda su vida entre la sangre?

(*Entran Rosalinda, Celia y Corino á cierta distancia*.)

FEBE.—No querría ser tu verdugo, y huyo de ti porque no deseo hacerte mal; pero se me antoja que es cosa muy probable el que los ojos—la parte más débil y suave, la que se cierra hasta por temor á un grano de polvo—no puedan ser llamados tiranos, carniceros, asesinos! Pues bien: ahora te miro con el más entrañable enojo, y que mis ojos

te maten en este momento, si son capaces de herir. Finge que te desmayas, ¡ea! Déjate caer por tierra; ó si no puedes, al menos por vergüenza no digas que mis ojos son asesinos. Muéstrame la herida que te han hecho. Púnzate, aunque sólo sea con un alfiler, y te quedará alguna señal: apóyate, aunque sólo sea sobre un junco, y la mano conservará siquiera por unos instantes la huella de la presión. Pero mis ojos ahora que se han clavado ceñudos en ti, no te lastiman; y, estoy segura de ello, ningunos ojos tienen fuerza para hacerlo.

SILVIO.—¡Oh amada Febe! Si alguna vez (y acaso se halle próxima) encuentras en alguna fresca mejilla el poder de la fantasía, entonces sabrás qué invisibles heridas hacen las agudas flechas del amor.

FEBE.—Pues hasta entonces no te me acerques; y cuando suceda, persígueme con tus burlas y no me compadezcas, así como yo no he de compadecerte hasta entonces.

ROSALINDA (*avanzando*).—¿Y sabréis decirme por qué? ¿De qué madre habéis nacido que así insultáis y desdñáis y abrumáis á un desdichado? Pues aunque tuvierais más belleza (y, á fe mía, no veo que tenéis más que la necesaria para acostaros á obscuras) ¿habríais de ser por eso orgullosa é implacable? ¿Por qué me miráis así? No veo en vos más que una de tantas obras vulgares de la naturaleza. ¡Por vida mía! ¡Pienso que quiere también confundir mis ojos! No, por cierto, soberbia dama, no esperéis tal. No son vuestras cejas color de tinta, vuestro cabello de seda negra, vuestros ojos abalorio, ni vuestra mejilla de natas, lo que podría subyugar mi ánimo á vuestra adoración. Necio pastor: ¿por qué la seguís como el brumoso viento del Sur, lleno de ráfagas y lluvia? Sois mil veces mejor como hombre que ella como mujer; y son los necios, como vos, quienes llenan el mundo de hijos

desgraciados. Sois vos y no su espejo quien la adula; y á causa de vos, se ve ella mucho mejor que lo que pueden mostrarla sus propias facciones. Pero, señora, conoceos bien, poneos de rodillas, y dad gracias al cielo, con el ayuno, por el amor de un hombre honrado. Y tengo que deciros una verdad al oído: Vended cuando podáis: no sois artículo que tendría salida en cualquier mercado. Pedid perdón al hombre, amadle; aceptad su oferta. Es doblemente fea la que añade á la fealdad el desprecio. Tómalala, pues, pastor, y quedad con Dios.

FEBE.—Hermoso joven, regañadme un año entero. Prefiero vuestras reconvenciones á requiebros de este hombre.

ROSALINDA.—El se ha enamorado de la fealdad de ella, y ella acabará por enamorarse de mi enojo. Si es así, cuanto más airada se muestre contigo, más la atormentaré con palabras amargas. ¿Por qué me miráis así?

FEBE.—No por mala voluntad.

ROSALINDA.—Por amor de Dios, no os vayáis á enamorar de mí, porque soy más falso que juramento de borracho. Fuera de esto, no me gustáis.— Si queréis saber dónde vivo, es á un paso de aquí, en el olivar. ¿Quieres que nos vayamos, hermana? Pastor, acosadla. Ven, hermana. Pastora, miradle con mejores ojos, y no seáis soberbia. Nadie en el mundo entero sería tan engañado por sus ojos como él. Vamos, á nuestro ejido.

(Salen Rosalinda, Celia y Corino.)

FEBE.—¡Insensible pastor! Ahora siento la fuerza de esta verdad; «¿quién que amó, no amó á primera «vista?»

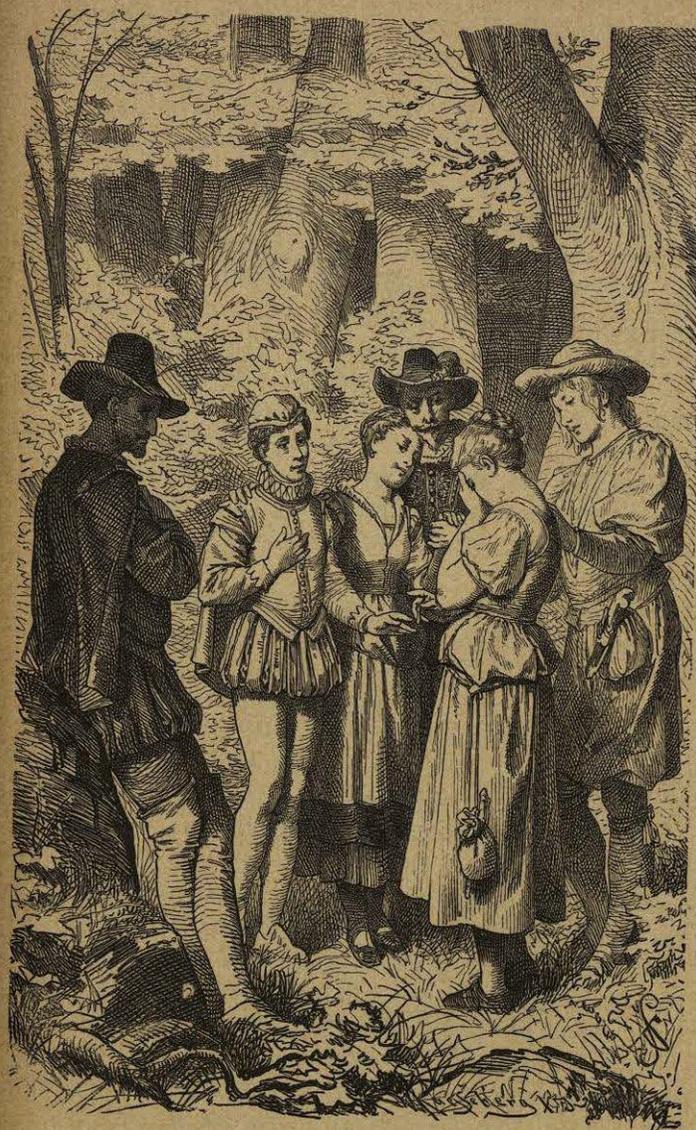
SILVIO.—¡Adorable Febe!...

FEBE.—¡Ah! ¿decíais algo, Silvio?

SILVIO.—Adorable Febe; compadécete de mí.

FEBE.—En verdad, siento veros así, amable Silvio.

SILVIO.—Adonde está el pesar, debería hallarse el



—¡Por amor de Dios, no os vayáis á enamorar de mí:
no me gustáis!

consuelo. Si mi amorosa pesadumbre os entristece, vuestra tristeza y mi pesar desaparecerían con un poco de amor.

FEBE.—Tienes mi afecto. ¿No es casi lo mismo?

SILVIO.—Querría poseerte.

FEBE.—Eso sería codicia. Silvio, ha pasado el tiempo en que te aborrecía; y, sin embargo, no es que sienta amor por ti; pero desde que te muestras tan capaz de hablar bien de amor, toleraré tu sociedad, que me era fastidiosa, y aun te ocuparé; mas no esperes otra recompensa que tu propia satisfacción en verte ocupado por mí.

SILVIO.—Tan puro y santo es mi amor y tan pobre me encuentro de mercedes, que será para mí abundante cosecha el ir recogiendo las espigas olvidadas por aquel que recogió la cosecha principal. Dame de vez en cuando una sonrisa perdida y ella me hará vivir.

FEBE.—¿Conoces al joven que me habló hace poco?

SILVIO.—No mucho, pero le he encontrado muchas veces; y ha comprado la casa y los ganados que pertenecían al viejo hurafío.

FEBE.—No pienses que le ame aunque pregunte por él. No es más que un muchacho petulante. Sin embargo, habla bien. ¿Pero acaso me cuido yo de palabras? Las palabras, no obstante, vienen bien, cuando el que las dice es visto con agrado por el que las oye. Es un bonito joven—no demasiado bonito—pero sin duda alguna es orgulloso. Tiene un orgullo que no le sienta mal. Llegará á ser un hombre en regla. Lo mejor de él es su temperamento; y antes que sus palabras acabasen de hacer una herida, sus ojos la habían ya cicatrizado. No es de alta estatura, aunque sí lo bastante para su edad. La pierna es así, así, pero no está mal. Tienen sus labios un lindo color rosado; un encarnado algo más maduro y lozano que el que colora sus mejillas: la misma diferencia que entre una encendida rosa

de Damasco y otra de color mezclado. Mujeres hay, Silvio, que á haberlo examinado minuciosamente, como lo hice, casi se habrían enamorado de él; pero en cuanto á mí, ni le amo ni le aborrezco. Y, sin embargo, más motivo tendría para aborrecerle que para amarle; porque ¿quién le autoriza á dirigirme reproches? Dijo que mis ojos y mis cabellos son negros; y ahora recuerdo que me trató con desprecio. Me admira el no haberle replicado. Pero en fin de cuentas es lo mismo, ya que cuenta olvidada no es cuenta saldada. Le escribiré una carta que le escueza de veras y tú se la llevarás. ¿Apruebas, Silvio?

SILVIO.—Con todo mi corazón, Febe.

FEBE.—Pues la escribiré en seguida. Lo que he de decirle está en mi cabeza y en mi corazón. Seré con él lacónica y severa. Ven conmigo, Silvio.

(Salen).



ACTO IV

ESCENA PRIMERA

La misma

Entran ROSALINDA, CELIA y JAQUES

JAQUES

Ruégote, bello joven, que me hagas conocerte mejor.

ROSALINDA.—Dicen que sois dado á la melancolía.

JAQUES.—Así soy. Me gusta más que la risa.

ROSALINDA.—Los que pecan por uno ú otro de ambos excesos son gentes abominables y se exponen más á la moderna crítica que si cayeran en la embriaguez.

JAQUES.—Pues paréceme bien que quien está triste guarde silencio.

ROSALINDA.—Pues entonces me parece bien ser un poste.

JAQUES.—No tengo la melancolía del erudito, que es emulación; ni la del músico, que es fantástica; ni la del cortesano, que es altiva; ni la del soldado, que es ambiciosa; ni la del abogado, que es política; ni la de la dama, que es agraciada; ni la del enamorado, que es todo esto á la vez. La mía